

Una bonita casualidad

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Giselle Amorós 2023

© Entre Libros Editorial LxL 2023

www.editoriallxl.com

04240, Almería (España)

Primera edición: marzo 2023

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 978-84-19660-07-7

Depósito Legal: AL-451-2023

Impreso en España – *Printed in Spain*

Una bonita Casualidad

Giselle Amorós



*Esta novela va dedicada única y exclusivamente a ti,
porque eres especial.*

Agradecimientos

En cada una de mis novelas, mis agradecimientos van siempre hacia ellas, y en este caso no iba a ser menos: gracias, Angie, Mercedes, Noelia y Patricia, gracias a Entre Libros Editorial.

Capítulo 1

Caminamos con sigilo por la villa situada en la parte alta de una urbanización cercana a Barcelona. Son las dos de la madrugada y es una noche oscura, pero nuestro principal equipo consta de linternas junto con nuestras armas reglamentarias. Divididos en dos grupos, pasamos bordeando una gran piscina, pisando con decisión el césped que la rodea.

Llegamos a un punto estratégico donde nos juntamos los diez que somos, conocedores en cada momento de lo que debemos hacer. Vamos peinando la zona; unos han entrado por la parte trasera y nosotros por la puerta principal. Gracias a los meses de investigación y seguimiento que llevamos, conocemos palmo a palmo toda la extensión de esta gran parcela.

Justo al llegar a la puerta de la casa, nos miramos. Tras un leve asentimiento por mi parte, entramos dando un fuerte golpe con un ariete. Al pasar el umbral, gritamos identificándonos:

—¡Policía!

Tras esto, pasamos a una inspección frenética. Los amplios espacios de la casa los recorremos rápidamente hasta que nos cercioramos de que no hay nadie en la planta baja. Subimos a la siguiente uno tras otro por las amplias escaleras de mármol. Ahora ya estamos los diez policías juntos y tan solo nos queda registrar la segunda y última planta.

Contemplo a mi compañero Samuel con decepción en la mirada; él sabe perfectamente lo que pienso. Las personas a las que venimos a detener, por lógica, deberían estar reunidas en la planta principal, pero no hay nadie.

Vamos entrando en cada una de las habitaciones. Me adelanto hasta la última, me paro frente a una puerta cerrada y la abro

dando un fuerte golpe. La gran *suite* está vacía, pero veo que el baño tiene la luz encendida y escucho el agua caer, así que debe haber alguien, o eso espero. Entro sin pensármelo dos veces empuñando mi arma y me quedo a cuadros al ver la impactante imagen que tengo ante mí.

Tras una mampara transparente, vislumbro la silueta de un hombre de espaldas, duchándose, ajeno a lo que tiene a su alrededor. Sin moverme, observo el gran tatuaje de un águila que recorre su ancha espalda, desplegando sus alas sobre los omoplatos y terminando con unas fuertes garras en los glúteos, lo que hace que mi vista se detenga ahí, en un culo tan perfecto que parece esculpido por los dioses. Tiene la cabeza agachada mirando al suelo y las manos apoyadas en la pared mientras el agua le cae sobre la espalda.

—¡¡Policía!! —grita Samuel a la vez que me mira sorprendido al verme inmóvil, hasta que se da cuenta de lo que me tiene tan absorta. Una leve sonrisa casi imperceptible aparece en su rostro, pero dirige de nuevo la vista al sospechoso y vuelve a gritar—: ¡Salga de la ducha con las manos en alto!

El sujeto, con una lentitud pasmosa, cierra el grifo y se gira lentamente; no parece sorprendido por nuestra presencia. Si era impactante de espalda, por delante ni te cuento. Su cabello rubio mojado echado hacia atrás, sus impactantes ojos azules y una barba rubia bien recortada que no oculta unas facciones perfectas me dejan noqueada, algo que no dejo ver bajo mi fría apariencia. Si alguna vez pensé que no había un ser más guapo que Charlie Hunnam, es porque no había visto a este hombre.

Con las manos levantadas, sale hasta estar frente a nosotros. Intento no recrearme, pero es imposible, ya que su desnudez me impacta al verlo en toda su plenitud. Un torso perfectamente definido deja paso a su pene, que aun estando flácido tiene un tamaño considerable. Sus piernas, al igual que sus brazos, son fuertes y musculadas. Si no es porque Samuel es de su misma

altura y envergadura, podría decir que este individuo podría tumbarnos en diez segundos.

—Si vais a detenerme, espero que antes pueda vestirme.

Su forma de dirigirse a nosotros con media sonrisa me molesta; parece que le hace gracia esta situación.

Me acerco a él sin dejar de apuntarle con la pistola y le ladro:

—Indícale a mi compañero dónde está la ropa. ¡Arrodíllate!

Esto último no le ha hecho tanta gracia. Con cara de pocos amigos, se arrodilla sin dejar de mirarme con un semblante de perdonavidas. Le da instrucciones a Samuel, y mientras sigo apuntándolo, va vistiéndose sin dejar de observarme de una forma chulesca. Este no tiene ni idea de que me llaman Harley por la loca novia de Jóker, y es que, cuando me ponen al límite, pierdo el norte y no hay quien me pare.

Cuando termina de vestirse, me acerco y, sin desconectar su mirada de la mía, le pongo las esposas. Bajamos hasta el gran salón y lo obligamos a sentarse en una silla mientras registramos minuciosamente los sitios donde creemos que puede haber droga, dinero o simplemente pruebas para terminar lo que llevamos buscando durante este tiempo. Nuestro pastor alemán, Lucky, pasea de un lado a otro y nos indica sin éxito algún sitio. No hay nada, y eso nos hace frustrarnos, porque tan solo podemos suponer que en algún momento hubo algo.

Pasadas dos horas, cejamos en nuestro intento, pues está claro que esto ha sido un fracaso.

Samuel se acerca a mí y me informa, con el DNI del detenido en la mano:

—Este tío no está fichado, ni siquiera está entre los nombres de las personas que estamos vigilando.

—¡Eso podría habérselo dicho yo!

Lo miro con mala leche un segundo, para después volver mi atención a Samuel.

—Parece que no hemos fracasado del todo. Este tío tiene el mismo apellido que el Grande. Con un poco de suerte...

Llamamos el Grande al número uno de nuestra investigación: un irlandés de cincuenta y cinco años que se mueve por la Costa Brava blanqueando dinero de la droga en la compra de chalés de lujo.

Cojo el DNI y me acerco a él.

—Patrick McCarthy García, ¿puedes decirme qué te une a Seamus McCarthy?

—Es mi padre. —Al decir estas palabras, parece que las escupe.

—¿Y qué haces en su casa?

—Esta es mi casa.

—No, esta casa es de tu papaíto —le digo a modo de burla, acercándome demasiado a su cara.

Su sonrisa prepotente me hace querer besarlo y estrangularlo a partes iguales. Pensar eso no me gusta en absoluto.

—Alguien no ha hecho bien sus deberes. Esta casa es mía. —Se levanta a la par que pregunta—: ¿Puedo? —Me aparto y asiento con firmeza. Se va hacia una cajonera que hay bajo una vitrina, saca una carpeta y la deja sobre la mesa—. Aquí tenéis la prueba. —Obedientemente, vuelve a su asiento.

Cojo la carpeta y encuentro un título de propiedad donde Patrick McCarthy figura como dueño del inmueble. Tiene razón, y eso me jode. Continúo leyendo y veo algo que me hace mirarlo para decirle, con la misma sonrisa cínica que él me ha dedicado:

—Esto tiene fecha de hoy. Bueno, de ayer.

—Sí. La pasada madrugada llegué desde Irlanda expresamente para esto.

—¿Dónde está tu padre?

—Ni idea. No me interesa lo más mínimo.

Lo miro con cara de pocos amigos.

—Bien, pues te llevamos a comisaría para poder hacerte algunas preguntas.

—No tenéis ninguna prueba contra mí.

—Contra ti no, por eso te pido amablemente que vengas con nosotros. —A modo de orden le digo—: Arriba.

Samuel lo coge del brazo para guiarlo, pero él se para en seco.

—Quitadme las esposas.

Después del poco éxito obtenido esta noche, debo aceptar que no tenemos derecho a llevárnoslo como un delincuente. Me acerco lo suficiente para poder quitarle las esposas y noto cómo aspira el aire de una forma exagerada. ¡¿Está oliéndome?!

Con cuidado, lo despojo de las ligaduras y me aparto despacio, y aunque su mirada me provoca nerviosismo, tengo todos los sentidos puestos en mi integridad. Él se masajea las muñecas y vuelve a dedicarme una sonrisa, pero esta vez algo diferente; no acierto a descifrarla.

Antes de salir, me fijo en que dentro de la villa hay aparcados cuatro coches, y reconozco perfectamente tres de ellos. Subimos a Patrick en la parte trasera de nuestro vehículo camuflado, que no desentona de cualquier otro particular. Mientras conduzco, le pregunto, mirándolo por el retrovisor:

—¿Puedo saber qué hace el coche de tu padre y de sus hombres en tu casa?

Respira hondo, y aunque está en su derecho de no contestar, lo hace:

—Ni idea. Ya estaban ahí cuando llegué.

Está mintiéndome. Lo sé porque esta tarde los vimos entrar en la casa, pero no salir. Tan solo hubo algo que nos llamó la atención y nos descuadró.

—¿Quién es la chica morena que salió sobre las doce de la noche en un Mercedes S Coupé?

—Una amiga.

Vuelve a sonreírme y, de repente, caigo. Doy un golpe en el volante y le digo a Samuel:

—Samu, se los llevó ella.

—Eso es imposible. En ese coche no podría haber escondido a cuatro hombres como ellos.

Hablamos como si él no estuviera. Vuelvo a mirar por el retrovisor y veo que ya no me mira.

—Vale, entonces, ¿dónde coño se han metido? —le pregunto, sabiendo que no tiene la respuesta—. Las dos puertas de salida a la calle las teníamos vigiladas, tan solo estaba la salida del coche de la chica. Lo registramos todo, así que no queda otra: se apretujaron y salieron con ella. Sabían perfectamente que los vigilábamos, y lo peor es que, en algún momento, estando dentro de esa casa, supieron que íbamos a actuar.

—Cuando te lanzas a presuponer, no hay quien te pare. Y ahora me dirás que este no los vio.

—Claro que los vio, estaban con él. Pero, por algún motivo, creo que tiene algo de inocencia.

—Sí, claro, ya imagino por qué.

Al decir eso con cierta sorna, de forma automática le suelto un manotazo en la boca del estómago que lo hace doblarse de golpe.

—Cabrona, avisa.

—Pues no te pases —le digo sonriendo.

Estas escenas entre nosotros son de lo más normal, porque nos comportamos como auténticos hermanos: nos peleamos, nos insultamos y continuamos como siempre.

—¿Te has fijado en el salón cuando llegamos? —le pregunto a mi compañero.

—Sí.

—Entonces es fácil saber que en ese salón hubo más que palabras.

En ese momento, por instinto, miro de nuevo al rubio por el retrovisor y veo que abre los ojos, asombrado por lo que escucha. Me recreo en exceso en el azul de sus ojos, y al volver la vista al frente tengo que frenar bruscamente, ya que casi me paso el semáforo en rojo. Por suerte, a estas horas no hay casi tráfico. Miro de reojo a Samuel, que se ríe por lo bajo mientras hace un gesto con el que se cierra la boca con una cremallera imaginaria.

Al llegar a comisaría, vamos directos a la sala de interrogatorios. Sánchez, el inspector jefe, nos espera en la puerta y se presenta a Patrick, para después hacerlo entrar. Samuel y yo vamos a la sala contigua para observar todas y cada una de las reacciones del irlandés a las preguntas de Sánchez, quien, con su experiencia, posiblemente le sacará algo que podamos utilizar en contra de su padre.

Pasada una hora, debo decir que estoy aburriéndome considerablemente, y eso sin contar las cabezadas de Samuel. Le doy un codazo y le digo:

—Samu, estás durmiéndote.

—¿Yooo? ¡Qué va!

—Ja, ja, ja. Venga, que esto se acaba.

En ese momento, se levantan. Tras despedirse, Patrick le dice a Sánchez:

—Espero que me lleven de vuelta a mi casa, del mismo modo que me han traído.

—Sí, por supuesto.

—Y quiero que sea la gitana de ojos negros.

Se miran unos segundos. La tensión se nota en el ambiente, hasta que el inspector le confirma serio, y diría que muy molesto:

—Las mismas personas que lo han traído lo llevarán de vuelta.

En ese momento, y como un gesto coordinado, Samuel y yo nos miramos. Él, divertido, me dice:

—Creo que esa eres tú.

—Este tío es gilipollas.

La verdad es que siempre he vivido con eso y no me ofende. No es la primera persona que se cree que soy gitana. Incluso en alguna operación con la policía me ha venido hasta bien, pero no lo soy. Mis ojos negros son herencia de mi padre, donde la genética ganó a los verdes de mi madre.

—Pues va a enterarse.

—Uy, esto se pone divertido. —Mi compañero se frota las manos; sabe perfectamente mis intenciones.

Salgo de la pequeña estancia y me cruzo directamente con Patrick.

—Vamos —le digo con sequedad.

Soy consciente de que viene detrás de mí. Samuel camina a su lado.

Al llegar al coche, Sánchez me llama y me acerco a él. Mientras ellos entran en el automóvil, me dice bajito:

—Acuérdate de nuestra cita el próximo martes. No llegues tarde.

Lo miro, pensando lo capullo que es, y le respondo:

—No te prometo nada.

Dicho esto, camino con lentitud hasta meterme en el coche, me giro hacia nuestro invitado y le digo:

—Ponte el cinturón.

Miro de reojo a Samuel, quien sonriendo se gira hacia Patrick y le advierte:

—Amigo, has cabreado a la bestia.

Conduzco a una velocidad excesiva, sin miramientos. Sé lo que tengo entre las manos. El hecho de poseer a mis espaldas mucha experiencia y varios cursos de conducción evasiva no hace otra cosa que darle rienda suelta a un momento de cabreo. Soy consciente de que mañana me arrepentiré, pero ahora mis-

mo no hay vuelta atrás. Si este hombre no vomita al llegar, debe tener un estómago de hierro.

Cuando entramos en la urbanización reduzco la velocidad, pero derrapo por las calles igual de temeraria. Las conozco perfectamente después de todo el tiempo que llevamos de vigilancia. Paro frente a la casa dando un brusco frenazo y miro a Samuel, que está pasándoselo genial. Me bajo y abro la puerta trasera para que salga el irlandés. Lo hace despacio y sin mirarme, hasta ponerse frente a mí. Levanto la cabeza para clavar mis ojos en los suyos.

—Eres una puta loca. —Habla despacio; no está para nada afectado por estos minutos de *rally*.

—Me has calado rápido, eres muy listo —le digo chula—. Ahora intenta portarte bien, porque estaremos vigilándote.

Da un paso hacia mí, y yo, inconscientemente, doy otro hacia atrás. Sonríe con autosuficiencia y se da media vuelta sin decir nada más. Me recreo la vista unos segundos, y es que vestido tampoco está nada mal. «En realidad, está tremendo», pienso irónicamente.

—Eh, Harley, ¿nos vamos, o tengo que limpiarte la baba?

Entro en el coche sonriendo.

—¿Cómo he estado?

—Has superado tu récord: quince minutos.

—Perfecto.

—Ahora llévame a mi casa, que estoy muerto. Y encima mañana, posiblemente al no haber sacado nada esta noche, le darán un giro a la investigación y tendremos más trabajo.

Tras unos minutos en silencio, le digo a Samuel:

—Lo sabían.

—Claro que lo sabían. —Me conoce tanto que sabe por dónde voy—. Está claro que hay un informante que nos la juega. ¿Qué te ha dicho Sánchez?

—Nada, pero seguro que piensa lo mismo que nosotros.

—No me refiero a eso. ¿O crees que no sé por qué te has subido en el coche tan cabreada? Desde luego, no porque don Culo Perfecto te haya llamado gitana.

Me quedo callada unos segundos y al final le respondo:

—Solo me ha recordado que este martes tenemos cita con nuestro abogado.

—Pensaba que ya lo tenías superado.

—Eso pensaba yo.

Dejo a Samuel en su casa y parto hacia la mía, conduciendo con lentitud y apreciando cómo amanece por la costa de Castelldefels.

Esas bonitas vistas me hacen relajarme y, sin querer, recordar momentos de mi vida donde todo era más fácil: mi niñez en Roquetas de Mar, donde mis padres aún regentan un restaurante en pleno paseo marítimo. Me crie entre fogones, como se suele decir, pero estar en el negocio familiar no era lo mío, ya que yo tenía otra vocación, así que con veintidós años me fui a la Academia de Policía, en Ávila. Pasé nueve meses de aprendizaje, donde intentan prepararte para algo que, depende de donde vayas, no le hace justicia a lo que esperas.

Allí conocí a Rubén y me enamoré como una idiota. Fue un flechazo tan fuerte que al año siguiente nos casamos. Lo único bueno de aquello es que mis padres estaban más tranquilos al saber que su hija pequeña no estaría sola, tan lejos de ellos en la gran ciudad y, según decían, peligrosa Barcelona.

Los primeros años fueron duros, tanto a nivel personal como profesional. Convivir con Rubén teniendo la misma profesión fue algo que reconozco que nos ayudó mutuamente. Todo era más fácil, hablábamos el mismo idioma y nos entendíamos a la perfección. Pero la cosa empezó a torcerse cuando decidí hacerme subinspectora. Nuestro inspector jefe de aquel momento

apostó por mí, me animó y lo conseguí. A partir de entonces, Rubén no paró hasta hacerse inspector. Según Samuel, siempre ha tenido celos profesionales de mí: si yo hacía algo, él siempre tenía que ser mejor, fuera lo que fuera. Me costó aceptarlo y darme cuenta de que no íbamos los dos en la misma dirección, así que, físicamente, llevamos meses separados, pero sentimentalmente, creo que mucho más.

En mi trabajo no tengo grandes aspiraciones. Me gusta lo que hago y, sobre todo, estar dentro de todas las movidas. Dar órdenes desde un despacho no es lo mío, ya que prefiero mezclarme con la gente, ayudar cuando tengo que hacerlo y encerrar a los malos. Y eso era justo lo que nos habíamos propuesto esta noche, pero todo ha salido mal.

Aunque, ahora que lo pienso, mal del todo no ha ido.

Capítulo 2

Sentirte decepcionada cuando terminas una etapa de tu vida, donde crees que has fallado, es duro. Dar carpetazo a nueve años de matrimonio y descubrir que todas tus vivencias, que tus sentimientos hacia esa persona se han esfumado como por arte de magia, es aún peor.

Hace apenas cuatro días me encontraba frente al que era mi marido, Rubén Sánchez, y junto a nuestro abogado firmamos un divorcio de mutuo acuerdo, donde nos repartimos los pocos bienes que teníamos.

El lado bueno es sentirte rodeada de personas que te quieren y que por nada del mundo desean verte triste, así que ahora mismo estoy a unos quinientos kilómetros de Barcelona, en un exclusivo hotel de Ibiza. Mis amigas, esas que llevan conmigo desde la infancia y que para ellas la distancia no es el olvido, me han traído hasta aquí. Por lo visto, existe algo que es la celebración del divorcio, lo que parece que puede ser más divertido que una despedida de soltera. Estamos en una preciosa terraza del hotel, cubierta por una pérgola blanca. Las vistas son impresionantes incluso de noche, y el aroma del mar nos inunda las fosas nasales.

—Candela, ¿por qué brindamos ahora?

—Yo no puedo más. Como siga a este ritmo, tendréis que subirme a la habitación en brazos.

—¡Ya lo tengo! —continúa Toñi, sin hacerme caso—. Brindaremos por ese buenorro que está en la barra.

Sin ningún tipo de disimulo, nos giramos las cuatro hacia el susodicho.

—¿Cuál de ellos? —pregunta Mariana sonriendo, con su habitual tono inocente. Eso hace que todas gritemos y nos cargueemos a la vez.

Hay cuatro hombres en la barra, y tan solo uno se encuentra de medio lado y podemos verle la cara. No están mal. Son todos bastante grandotes, tienen pinta de guardaespaldas y van vestidos con traje; posiblemente, serán de la seguridad del hotel.

—Vamos, Candela, estrénate.

—¿Que me estrene en qué?

—En tu nueva soltería.

Esa es Estrella, la mente pensante de las cuatro. La que organizó este viaje en menos de una semana y la que tiene las ideas más locas.

—¿Y qué quieres que haga?

—Pues acércate, dales un repaso y coges al que más te guste.

—Claro, así de fácil —digo riendo.

—Cariño, para follar una noche, seguro que todos están disponibles. Y más cuando muevas ese cuerpazo hacia ellos.

Los observo de nuevo y regreso mi mirada a las chicas. Tras un bufido, Estrella vuelve a la carga:

—Candela, ¿cuánto tiempo hace que no le das una alegría al cuerpo?

—A ver, déjame pensar... ¿Cuenta yo conmigo misma?

—No, me refiero con un buen empotrador. —Su gesto con los brazos algo obsceno hace que nos riamos.

—Entonces, mucho tiempo... Demasiado —digo nostálgica al recordar a Rubén.

—Vale, pues tú hazme caso. Este es el plan: vais tú y Toñi con la bebida en la mano...

—¿Por qué yo? —la interrumpe la nombrada.

—Pues porque sois las dos solteras —sentencia Estrella, y continúa a lo suyo dirigiéndose a mí—: Justo cuando lleguéis a

su altura, ella te empuja y tú dejas caer tu bebida sobre uno de ellos. Tendrás que ser muy rápida, porque en ese momento se girarán todos y deberás escoger a uno.

—¡Lo que está perdiéndose el Departamento de Estrategia del Gobierno contigo! —exclamo, muerta de la risa.

—¡Vamos, chicas, brindemos!

Acercamos nuestras copas y Estrella dice:

—¡Por Candela! Para que pase una noche inolvidable.

—¡Por Candela! —gritan las tres al unísono, mirándose con picardía.

De un trago, nos terminamos la bebida y, automáticamente, Estrella pide de nuevo otra ronda. La veo cuchicheando algo con el camarero, quien asiente y se va.

—¿Qué estás tramando?

—Ya lo verás.

De esta puedo esperarme cualquier cosa.

De pronto, la canción de Antonio Orozco y Karol G, *Dicen*, suena a un volumen más alto del que estaba anteriormente la música.

Ahí me ha tocado. Para mí, Antoñito, como lo llamo cariñosamente, es el mejor músico de todos los tiempos. Cantando la canción a pleno pulmón, sin vergüenza por la gente que nos mira, le digo un *Te quiero* a mi amiga por este detalle. Al terminar la canción, me levanto de golpe, ya que necesito ir al baño; me meo en estado máximo. Toñi me acompaña, pues está igual que yo. Mientras nos lavamos las manos, me dice con carita de pena:

—¿Estás bien?

—Estoy genial. No lo sabía, pero necesitaba esto: desconectar de todo, aunque solo sea un fin de semana. Me hacía falta. Gracias.

Me sonrío y suelta:

—Pues nada, ahora solo te falta terminar la noche con la guinda del pastel.

—¿Hay algo más?

—Claro. —Se acerca a hablarme como si las paredes pudieran escucharnos—: Hemos contratado a un *boy*.

—¡¿Qué?!

—Shhh. Es secreto —continúa hablando bajito mientras se ríe. Está pedo perdida.

—¿No será uno de esos de la barra?

—¡Correecto! El que tú quieras, será tuyo esta noche.

—No puedo creérmelo. ¡¿Habéis contratado a un puto?!

—No lo llares así. Es gigoló. Y a cualquiera que escojas de los que hay fuera se irá derecho a tu habitación. Con su experiencia, te hará cosas inimaginables, posturas que ni conocías, una cantidad de...

Chasqueo los dedos para que vuelva a la realidad. Me guiña un ojo y sale del baño. Me miro al espejo y me siento como una niña pequeña. No quiero salir. «¡Candela, eres una mujer adulta! Haz lo que quieras y con quien quieras». Mi ángel y mi demonio se debaten en una discusión, de la que llego a la conclusión de que no pienso acostarme con un tío que no conozco, por muy bueno que esté.

Camino con la decisión que me dan los cuatro chupitos que llevo encima, dirección a la terraza, pero antes de salir, alguien coge mi muñeca y me da un fuerte tirón hasta pegarme a la pared. Eso me crea confusión e intento zafarme. Sin embargo, mi estado, cada vez más cerca de la embriaguez, hace que desista, y más cuando veo quién está a escasos centímetros de mi cara. Frente a mí tengo al guapísimo irlandés al que detuvimos la semana pasada.

—Parece que eso de vigilarme iba en serio. ¿Qué haces aquí?

Su cercanía me afecta. Su mano rodeando aún mi muñeca me gusta de una forma inexplicable. Y su olor es simplemente delicioso.

—¿Yo? ¡¿Qué haces tú aquí?!

—Este es mi hotel.

—Esta es mi fiesta de divorcio. —Me mira entrecerrando los ojos. No me cree en absoluto, así que levanto los brazos con lentitud y le digo—: Regístrame si quieres.

Eso hace que mi top se levante a la par que mis brazos, y mis pantalones de talle bajo dejan al aire mi ombligo. Él mira mi cuerpo, para, seguidamente, clavar sus ojos azules en los míos. Duda, no se atreve.

Me muevo hacia delante cubriendo la poca distancia que nos separa mientras él pone sus manos en mi cintura. Con eso, hace que mi cuerpo arda en milésimas de segundo. Abordo su boca sin ningún tipo de miramientos y sus labios carnosos me aceptan. Me besa con la misma pasión que yo lo hago y me deleito acariciando con mi lengua sus labios. Sus manos atrapan mi cuerpo hasta acercarlo al suyo. Su lengua se cuelga en mi boca de una forma exquisita. Su sabor me gusta, me vuelve loca. Nuestras lenguas se buscan, se aceptan, y de nuevo mi cuerpo reacciona de una forma brutal a su contacto. Esto va a más y soy consciente de que no es el lugar adecuado.

Poco a poco, y como si estuviéramos coordinados, deshacemos este momento. Abro los ojos como si acabara de salir de un cuento asombroso, y al mirarlo siento que tiene la misma sensación que yo. Algo detrás de él me llama la atención, y no son otras que mis amigas. Al ver que las miro, me hacen señales. Estrella me hace un gesto con los pulgares casi saltando de felicidad y las otras dos la imitan con algún que otro aspaviento obsceno. Eso consigue que sonría y vuelva a mi momento con Patrick.

—Aún no sé cómo te llamas.

—¿Tienes habitación o prefieres hacerlo aquí? —le pregunto, obviando sus palabras.

Reacciona rápido cogiendo mi mano para caminar hasta el ascensor. Subimos a la tercera y última planta del edificio, y

lejos de sentirme intimidada, lo único que quiero en este momento es tenerlo dentro de mí a toda costa.

En cuanto abre la puerta, estamos dentro, reanudando lo que habíamos dejado abajo. Nos besamos de nuevo mientras nuestra ropa desaparece a la velocidad del rayo. De pronto, se para y me pregunta:

—¿Estás segura?

—Por supuesto. ¿Tú no?

Sonríe y me contesta:

—Un segundo.

Y tras esto desaparece, para volver enseguida. Lo miro de forma interrogante y él me señala su robusto y erecto pene; ha ido a ponerse un preservativo. Le sonrío y viene hacia mí. Sin dejar de mirarme a los ojos, me apoya suavemente en la pared. Con sus manos, rodea mis glúteos, me eleva y mis piernas se abren. Y de pie, tal y como estamos, entra en mí con tan solo un movimiento. A pesar de estar excitada y muy mojada, el tiempo que llevo sin hacerlo me pasa factura y sin querer suelto un grito que lo paraliza al instante.

—¿Te he hecho daño?

—No es eso. Digamos que últimamente no he practicado mucho —le confieso algo avergonzada.

Patrick, aún dentro de mí, me lleva en volandas a la cama y me recuesta con cuidado hasta estar tumbada por completo. Sus ojos me observan un momento, hasta que decide besarme, y yo agradezco esta demostración de afecto. Le correspondo, saboreando sus labios, siendo este beso muy distinto a los anteriores. Sale de mí para volver a entrar de una forma comedida. Noto cómo se activan todas mis terminaciones nerviosas y el placer comienza a apoderarse de mi cuerpo. Gimo sin control mientras mis manos intentan aferrarse a su gran espalda. Abro los ojos y lo veo mirándome fijamente. Una sonrisa se dibuja en su rostro

y en ese momento sus movimientos se vuelven más fuertes y rápidos. Eso me hace agarrarme a sus brazos, y siento que cada embestida me lleva a un inminente orgasmo.

—Espera, no te corras.

—¿Que?!

Pero ¿este se piensa que puedo controlarlo? Pues parece que sí, porque de golpe cesa en sus movimientos, baja su boca hasta mis pechos y me lame los pezones. Pasa de uno a otro con devoción, los introduce en su boca y chupa hasta que gimo de nuevo. Reanuda sus embistes dentro de mí, pero demasiado lentos para mi gusto, cosa que no tardo en hacerle saber elevando el trasero. Su boca vuelve a ser mía, y con una sonrisa arrebatadora y pegando sus labios a los míos, me dice:

—Ahora ya puedes, gitana.

Sonríó mientras coge mis caderas. Con un ritmo controlado, entra y sale de una forma certera y frenética, consiguiendo que no pueda soportar el placer. Me dejo ir y me corro de una forma escandalosa, haciendo que mis gemidos sean el reflejo de mi gozo interior. Patrick, con un suspiro brutal, se desploma sobre mí, pero enseguida se aparta para tumbarse a mi lado. Eso me molesta, ya que no me importa que hubiera seguido así eternamente. Nos miramos; no dejamos de hacerlo un solo instante. Me acerco hasta poner mi cuerpo sobre el suyo.

—Me llamo Candela.

Sonríe mientras acaricia mi espalda.

—Precioso nombre para una gitana.

—No soy gitana.

—Menuda decepción.

Lo miro sorprendida, y no sé por qué motivo me hace sentir mal, como si tuviera la sensación de que su rechazo me hiere enormemente. Me deshago de sus brazos para levantarme, pero su mano me agarra la muñeca.

—Era broma. Sé perfectamente quién eres. ¿Adónde vas?

—Al baño. —¿Soy yo, o me ha dado la sensación de que no quería que me apartara de su lado?

Desnuda y sin ningún tipo de pudor, camino hacia la puerta que supongo que será el baño. Al entrar en la estancia, me sorprende al ver lo amplio y lujoso que es. Claro que, siendo él el dueño, no debe tener la habitación más modesta.

Me miro en el amplio espejo del lavabo. Junto a mi larga melena de color negro azabache, mi cara está bonita. Parece que estos momentos de satisfacción me han sentado bien. Hacía tanto tiempo que no tenía algo así... Bueno, pensando con franqueza, nunca había sentido lo de esta noche. Y tan solo con recordarlo, noto cómo mi vientre se contrae y siento que me correría solo con eso.

Abro el grifo y me mojo la cara. Tras incorporarme para secarme con la toalla, me sobresalto al tenerlo a mi espalda. Me mira en el espejo y ladea la cabeza, observándome. Yo estoy inmóvil, esperando su siguiente movimiento, y no me defrauda. Con cuidado, recoge mi melena hacia un lado para así tener todo el camino libre y besar con delicadeza mi cuello hasta llegar a mi hombro. Mi agitada respiración le da una pista de cómo me siento tan solo con esto. Vuelve a sonreírme y, con sus manos rodeando la cintura, me gira hasta ponerme frente a él. Acaricia mi mejilla y me dice:

—No irás a irte tan pronto, ¿verdad? —Y ahora es cuando deben salirme las palabras. Pero no salen. Y yo, una poli de armas tomar, en este momento parezco una auténtica lerda. Así que hago lo único que puedo: negar con la cabeza—. Me parece bien, porque aún no he acabado contigo.

Sin decir nada más, se arrodilla, sube su dedo índice por mis piernas hasta llegar a mi abertura y me hace una señal moviendo el dedo para que abra las piernas. Sé lo que va a hacer, así que

las abro con sutileza, pero no lo suficiente para él, quien, con un rápido movimiento y con ayuda de sus manos, las abre más para tener acceso con su boca a mi sexo. Apoyo las manos en el mármol para aguantarme, porque ahora mismo me tiemblan sin control.

De pronto, Patrick se aparta y me dice:

—Este será el único motivo por el que vuelva a arrodillarme ante ti.

Sé por qué lo dice: cuando lo detuvimos, lo hice ponerse de rodillas. ¿Quién iba a decirme a mí que lo tendría una semana y media después de una forma tan diferente? Asiento como la boba que soy ahora mismo, expectante a lo que va a suceder. Y no me defrauda. Cuela su lengua por mis pliegues hasta que encuentra ese punto de placer que lo espera desesperadamente.

—Vaya —digo entre jadeos—. Pensaba que ibas a pedirme matrimonio.

Eso lo hace reaccionar, y si le viera la cara, acertaría a que ha sonreído.

Coloca sus manos en mi culo para cubrirlo plenamente mientras juega con la punta de su lengua en mi sexo. Me levanta las piernas para ponerlas sobre sus hombros y tener acceso completo a mi vulva. Con lentitud, pasea su lengua hacia mi vagina hasta volver al clítoris, y ahora sí lo ataca sin piedad. Su habilidoso movimiento lo hace vibrar, lo acaricia, y después lo atrapa con sus labios. No puedo más, y a la vez no quiero que pare, pero cuando se detiene y presiona en el sitio justo, exploto dando rienda suelta a un orgasmo devastador.

Espera hasta que mis movimientos cesan, y al quedarme floja, se levanta tal y como estamos, llevándome con él. Me agarro a su cuello al ver que pierdo el equilibrio. Con cuidado y como si fuera un gran malabarista, me baja hasta sentarme sobre el frío mármol del mueble.

—Eh, ¿estás bien?

Sin decirle nada, lo abrazo y poso mi boca en su cuello, para posteriormente besarlo.

—Muy bien.

Tras mi respuesta, se acerca y abre el único cajón que hay en ese exclusivo mueble. Saca un preservativo y se lo pone con una rapidez pasmosa. Rodea mi cintura y me eleva lo suficiente para, con la misma maestría que la primera vez, meter su dura polla completamente en mí. Esta vez no ha habido dolor, solo placer. Y él lo sabe. Su pícara mirada me lo demuestra, lo ha notado. Siento que nos complementamos a la perfección mientras oleadas de placer me recorren con cada estocada, con cada arremetida que acojo sin temor. Una tras otra, y otra más. Gimo, e intento aferrarme a sus fuertes hombros mientras él me dirige con este frenético ritmo, de nuevo, a un contundente orgasmo. Tras correrme, me deleito y disfruto de los últimos movimientos antes de su coito.

Con las respiraciones entrecortadas, Patrick vuelve a ponerme sobre el mármol. Aprovecho para apoyarme sobre su hombro. Estoy exhausta, no tengo fuerzas, y eso que él ha llevado todo el peso. También tendrá algo que ver que me haya corrido tres veces en menos de... No lo sé. Estar con él me hace perder la noción del tiempo.

Sale de mí y se deshace del preservativo. Me baja del mueble y me da un sonoro beso; eso ha sido muy romántico. Al ver que me tambaleo, me agarra de la cintura.

—¿Puedes caminar, o te llevo en brazos?

—Creo que puedo.

Pero no, me tiembla todo, porque, aunque esté acostumbrada al deporte, no lo estoy tanto al sexo exprés al que acaba de someterme este medio irlandés de cuerpo perfecto. Me paro, él me levanta y yo automáticamente enrosco mis piernas en su cintura. Me lleva a la cama y me acerca a él al tumbarnos.

Juntando sus labios a los míos, me pregunta:

—Ahora, ¿vas a decirme qué haces aquí?

Lo miro de forma interrogante.

—¿Follar como si no hubiera un mañana?

Eso hace que, tras mi pregunta, Patrick suelte una sonora carcajada.

—Quiero decir en Ibiza y justamente en mi hotel.

—Te lo he dicho antes: esta es mi fiesta de divorcio. —Como sigue sin creérselo, continúo—: No te creas tan importante. Yo no sabía que estarías aquí.

—Pues me alegro de haber estado.

Dicho esto, le sonrío mientras nos quedamos unos instantes en silencio. Nos miramos sin decir nada, y sin querer se me escapa un bostezo.

Entonces, Patrick se gira y apaga la luz, me abraza de nuevo y dice:

—Buenas noches.

Me quedo en *shock* y le pregunto:

—¿Vamos a dormir juntos?

—¿Quieres irte?

—No —le digo sin pensármelo.

—Pues durmamos. O...

—Vale, mejor nos dormimos —le aclaro con una sonrisa, siendo consciente de que seguramente le bastarían unos minutos para estar de nuevo preparado para un polvo colosal.

Me acomodo junto a él y, sin saber en qué momento, me quedo profundamente dormida.

Capítulo 3

Me despierto con una sensación de plenitud. He dormido de manera profunda, como hacía mucho tiempo. Las pesadillas que me persiguen sin cesar me han dado una tregua esta noche. Sonrío al girarme y mirar al hombre que tengo al lado. Está plácidamente dormido, así que me recreo en su cara: su perfecta nariz, sus largas y rubias pestañas, unos labios de infarto que he probado y no me han decepcionado...

Tras unos segundos contemplándolo como una pánfila, me doy cuenta del gran error que he cometido. Me encantaría quedarme y darle el mismo placer que me proporcionó a mí anoche, pero debo irme. Esto no debería haber pasado. Así que, con mucho cuidado de no hacer ruido, recojo mi ropa esparcida por toda la habitación, me visto todo lo rápido que puedo, abro la puerta y me giro para mirarlo. De golpe, siento un vacío enorme al pensar en alejarme de él.

Caminando destino a mi habitación, intento buscar en mi mente por qué me siento tan mal. Tan solo ha sido una noche de sexo, joder, no es para tanto. «Candela, ¿puedes ser sincera contigo misma? Ha sido la puta mejor noche de tu vida en lo que a sexo se refiere». Nunca me había corrido de la forma en la que lo he hecho con él. Su forma de tocarme, sus besos, su mirada... Me siento como si me hubiera marcado de una manera que no va a ser fácil olvidar.

Mi conclusión es que mi malestar es debido a que no puedo ni debo volver a esa habitación. Así que intento animarme por otro lado. Seguro que para él solo ha sido eso: una noche de sexo. Lo que está claro es que fui yo quien se ofreció en ban-

deja, y es posible que para él se trate de una más de tantas con las que se acuesta. «¿Y qué pretendes? ¿Ser alguien especial? Seguramente, ya no se acuerda ni de tu nombre... Para, Candela, no estás animándote en absoluto».

Entro en la habitación doble que en teoría comparto con Estrella y no la encuentro, pero escucho voces en la terraza que comunica con la habitación de Toñi y Mariana. Al salir, veo a dos de ellas tumbadas en las hamacas tomando el sol.

—Buenos días, chicas.

—Eyyy, buenos días. ¿Cómo ha ido esa noche desenfrenada? —Esa es Estrella, que se incorpora mientras se quita las gafas de sol.

—Uf.

Con esa breve respuesta, se miran entre ellas algo preocupadas, como si mi respuesta no fuera la adecuada.

—¿Dónde está Toñi? —les pregunto.

—Durmiendo. Aprovechó tu gigoló. Y, por lo que hemos escuchado, ha tenido una noche muy movidita —se carcajea.

Sonríó aunque sin más, no de la forma que me saldría en otro momento.

—¿Vas a explicarnos qué te ha pasado? Porque, perdona si nos dio la impresión equivocada, pero se te veía muy entregada —me insta Estrella, guiñándome un ojo.

Respiro hondo y comienzo:

—Ha sido tan, tan...

Las miro y veo que están las dos con los ojos como platos.

—¿Tan qué? ¡Por Dios santo!, ¿puedes acabar lo que ibas a decir?

—Tan brutal, tan fascinante, tan tierno, tan increíblemente bueno haciéndolo todo.

Se hace un silencio. De golpe, suelta Mariana:

—¿Y por qué coño estás como si te hubiera pasado una api-sonadora por encima?

—Mari, acabas de decir *coño* —le reprocha Estrella de cachondeo.

—Tía, déjame sentirme libre de hablar como quiera. Ya me contengo bastante con mis pequeños monstruitos. Bueno, a lo que íbamos, ¿qué pasa, Candela?

—Yo te lo digo —la interrumpe Estrella—. Está colgadísima de ese tío bueno.

—¡Ja! —exclamo a la defensiva.

—De *ja*, nada. Hasta los huesos estás, te lo digo yo.

—Es que el muchacho estaba que no veas. —Mariana sonrío picarona.

Me miran a la espera de que diga algo, así que suspiro antes de contestar:

—Lo conozco. Lo detuvimos la semana pasada. —Ahora sí que sus caras no tienen desperdicio—. No tiene cargos ni pudimos acusarlo de nada, y ya no puedo decir nada más. Voy a ducharme.

—¿Ves, Mari, como tengo razón? Encima lo conocía —le dice Estrella a Mariana. Y a viva voz me grita mientras entro en la habitación—: ¡Estás loquita por él!

Sonríó al escucharla a medida que entro en el baño. Me desnudo, abro el grifo de la ducha y dejo caer el agua cuando me pongo bajo el difusor. Siento que huelo a él, y me encanta a la vez que me inquieta. El agua cae por mi cara y me quedo paralizada unos segundos. Pienso en su forma de mirarme, en sus manos sobre mi cuerpo, en la manera en la que entraba y salía de mí, sabiendo en todo momento el placer que me causaba. Y cuando recuerdo su boca sobre mi vulva, su lengua... Debo parar, o más bien terminar algo de lo que Patrick es el responsable, aun estando dos plantas más arriba.

Cuando acabo de secarme, me pongo una camisola sobre el bikini. Al salir, las veo en la terraza esperándome, preparadas para irnos a comer.

Caminamos por el paseo hasta llegar al restaurante que previamente Estrella ha reservado, porque mi amiga lo tiene todo planeado, excepto a Patrick.

Tras pedirle al camarero nuestra comida, Toñi dice:

—¡Yo no voy más contigo! —Está mirándome a mí y no tengo ni idea de a qué viene eso. Al ver mi cara, empieza a reírse—.

¿Os habéis fijado en cómo todos los tíos la miran?

—¡Y las tías! —exclama Estrella con su gracia natural.

—Pues no sé por qué —digo tranquilamente.

Las tres se miran cómplices.

—Será por tus interminables piernas...

—O por tu preciosa melena...

—O quizá por tu cuerpazo en general. Eres hasta guapa, *japuta*.

—Pues siempre he sido así —señalo sin importancia mientras cojo unas patatas fritas que han puesto para picar.

—Sí, pero antes ibas con el sosaina ese de marido que tenías, y ahora tienes polvos interminables. Eso cuenta, cariño.

Me río.

—Ey, chicas, que esta noche yo también he triunfado —interviene Toñi, moviendo su rubia melena.

—Lo tuyo no cuenta, que nos ha costado muy caro.

—Tranquilas, he amortizado hasta el último euro.

Nos reímos de ese comentario y de los veinte siguientes, porque Toñi nos explica con pelos y señales todo lo ocurrido la pasada noche con el señor Miembro, que es como lo llama.

Al terminar, queremos aprovechar la tarde para ir a Es Vedrà. Dicen que es uno de los lugares más bonitos para ver el atardecer, y no defrauda. Sentadas sobre unas rocas, y como si de un espectáculo se tratara, nos mantenemos en silencio contemplando el sol ponerse junto a este bonito islote.

Llegamos al hotel con el tiempo justo de recoger nuestras cosas para salir zumbando al aeropuerto. Al cerrar la puerta de

la habitación, soy consciente de que puedo encontrarme con Patrick en cualquier momento, y no tengo ni idea de cómo me comportaría. Pienso en esta mañana cuando me fui de su lado. ¿Qué pensaría al despertarse? ¿Esperaría encontrarme junto a él, o se sintió aliviado al ver que no estaba? Da igual, ya que supongo que no volveré a verlo. Y si lo hago, esto se queda aquí.

Ya en la recepción, dispuestas a pagar para irnos, me doy cuenta de que no llevo el móvil. No lo encuentro en el bolso y me entran los siete males. Subo con rapidez hasta llegar a la habitación, y cuando lo veo sobre la cama, vuelvo a respirar con tranquilidad. Hay que ver... Con lo pequeño que es y lo que controla mi vida.

Cierro la puerta y me giro sin mirar, chocando con alguien. Ese alguien es un rubio de ojos azules y mirada penetrante que ahora mismo parece querer fundirme.

—¿Ya te vas? —me pregunta con su profunda voz y cierto tono de mala leche.

—Sí.

—Parece que las despedidas no son tu fuerte.

Lo miro mordéndome el labio, pero no digo nada. Él le echa un vistazo a mi móvil y, con un rápido movimiento, me lo quita.

—¡Eh! ¿Qué haces?

—Voy a guardar mi número en tu móvil, a ver si escribir se te da mejor que hablar.

Al ver que tiene contraseña, me lo pone delante para que lo desbloquee.

—No tengo nada que hablar contigo.

—¿Estás segura?

Asiento, no muy convencida, pero tras unos segundos de miradas retóricas, desisto y desbloqueo el móvil. Reconozco rápidamente por qué lo hago: porque una parte de mí no quiere olvidar esa sonrisa que me desarma.

Justo cuando va a devolverme el teléfono, se abalanza sobre mí y captura mi boca con sus ardientes labios. Y ahí estoy perdida. Le correspondo como él espera, lo beso mientras su lengua se cuela en mi boca de una forma desesperada y exigente a la vez. Sus manos en mis caderas hacen que mi cuerpo reaccione, sus besos me trasladan a la noche pasada, y tengo que parar esto. Así que, con fastidio, poco a poco voy apartándome de él.

—Patrick, tenemos que dejarlo aquí. Creo que todo esto ha sido un error.

Mis palabras lo hacen sorprenderse, y es que, posiblemente, ninguna mujer en su sano juicio, después de lo que hemos vivido, le haya dicho algo similar.

Se acerca de nuevo hasta llegar a mi oído y dice:

—Yo lo llamaría de muchas formas, pero ¿un error?

—Pues dejémoslo en solo sexo.

Su aliento acariciándome el cuello y sus labios tan cerca me hacen quedarme paralizada. Realmente me tiene donde quería. Pero va más allá y cuela su mano bajo mi falda hasta cubrir con su mano mi sexo. Presionando, me susurra:

—Lo noto palpar tan solo con esto. —Se aparta, y con esa sonrisa prepotente que ya conozco, me dice—: Si al masturbarte pensando en mí no tienes suficiente, solo tienes que llamarme.

—Capullo.

—Sí, pero llámame.

Y con estas palabras, desaparece de mi vista.

Avanzo despacio por el pasillo pensando que en realidad tiene razón. El muy cabrón me ha dejado un calentón que, con certeza, solo me gustaría que terminara él.

Al llegar a recepción, mis amigas están sentadas en los sofás que decoran la entrada. En cuanto me ven, me observan preocupadas.

—¿Lo has encontrado?

—Sí, lo había dejado sobre la cama.

Estrella, radiante y muy contenta, me dice:

—Nena, nos han devuelto el dinero de la estancia. No habrás sido tú, ¿verdad?

La miro extrañada y enseguida caigo en quién ha podido ser: Patrick.

—Yo no he sido, pero imagino quién lo ha hecho.

—¿Quién? —me preguntan las tres a la vez.

—El dueño del hotel.

Y dejándolas más perdidas de lo que estaban, salimos del hotel camino al aeropuerto: ellas, destino Almería, y yo, a continuar mi trabajo en Barcelona.

Durante el breve trayecto en avión, intento centrar mi mente en mis amigas y en sus buenas intenciones de este fin de semana. Estrella, la más descarada y una organizadora nata, es la marimandona del grupo. Es tan solo cinco días mayor que yo y la más alta de todas, y está casada con su novio del instituto y por ahora no tiene hijos. Mariana, alta y delgada en extremo, tiene dos hijos de tres y cuatro años que, según ella, le absorben la energía y por eso no engorda. Su marido se encuentra continuamente fuera por trabajo, así que le toca estar casi siempre sola al frente de los problemas cotidianos. Y, por último, Toñi, un bellezón rubio de pelo largo que tiende a subestimarse y no logra encontrar a ese hombre con el que compartir más de un fin de semana. Nos conocemos del barrio de toda la vida.

Ellas fueron las primeras en animarme con mi profesión, y si hay algo en lo que estamos de acuerdo, es en apoyarnos en momentos de crisis. Siempre que una de nosotras pasa un mal momento, da igual dónde estemos o cómo, acudimos sin dudar. Las quiero incondicionalmente y me siento afortunada de tenerlas.

Al llegar a mi casa, voy directa a la cama, pero al acostarme no puedo evitar pensar en él. Tengo clavados sus ojos en mi mente, como si estuvieran acompañándome continuamente. Doy vueltas y más vueltas, sin conseguir dormirme. Me siento en la cama y cojo el móvil. Voy directa al WhatsApp y lo busco. Me muero de curiosidad por ver su foto de perfil, pero no tiene nada. Vaya decepción. Vuelvo a tumbarme, y sin saber por qué, una sensación de tranquilidad me invade, como si tan solo pensando en él estuviera fuera de cualquier peligro.

La languidez de mis ojos y mi cansancio ganan la batalla y me sumerjo en un profundo sueño.